



*EL RIO DE LAS  
AMAZONAS*

*CAROLINA DAFNE ALONSO-CORTÉS*

*KNOSSOS*

1

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

***EL RÍO DE LAS AMAZONAS***

MADRID, knossos,2006

KNOSSOS, Colección Literaria

DESDE EL CONVENTO DE LA ORDEN DOMINICANA,  
DONDE RESIDO, AÑO DE 1550

Locura muy vieja, y maña incurable es ésta tan común en España, que suelen padecer aún los mejor humorados de seso, y es la de charramudarse de un país a otro, y dedicarse a una ociosidad diferente al oficio que tuvieron los padres, tomándose los mayores trabajos con tal de no ponerse a trabajar.

Hoy es viernes, a tres de febrero. Había yo decidido olvidar las muchas cosas que me ocurrieron en mi larga y jaleada vida, pues paso de los setenta, y dedicarme a la oración, según la regla de nuestro padre Santo Domingo. Verdad es que todavía estoy chorreando salud por todas mis coyunturas, y puedo vivir a gusto, sin pararme a pensar cuándo me deslizaré hacia mi mortandad.

Alguna vez pasó por mi cabeza el deseo de morirme, no por desesperado, sino por curioso; pero deseché ese deseo como tentación, y me quedaré hasta que Dios quiera, sin meterle prisa a la parca, aunque sea viviendo a trompicones.

Dos motivos me han inclinado a escribir estas líneas: el principal, es que los hechos que he vivido no se entierren en la sepultura del olvido. Pues, como dijo Plinio, no hay libro por malo que sea que no diga cosa buena. Dicen que los grandes hechos

necesitan buenos escritores, y yo confieso que este título no lo merezco por mi buena pluma, sino porque digo la verdad, aunque sin circunloquios ni ornamentos de retórica.

Estaba yo poniendo en limpio algunas notas para hacer una memoria y presentarla a mi prior: trataba en parte sobre nuestro obispo fray Bartolomé de las Casas, y sobre el descubrimiento, conquista y en parte destrucción de las Indias.

No querría que vuestras mercedes tuvieran disgusto si paso a relatarles algunas cosas de nuestro venerado obispo. Pues es hombre muy principal en aquellas tierras, por lo que doy sinceras gracias de haberlo conocido.

En la primera parte de su vida no se distinguía apenas de otros españoles; pues su preocupación por los negocios era tanta que no tenía tiempo ni de rascarse la cabeza, y lo tenían por algo burlón. Había nacido en Sevilla y era su padre un conocido mercader. Tenía dieciocho años cuando el descubrimiento de América y conocía al Almirante, a quien solía ver; pues fue un pariente suyo encargado por los reyes para ayudar a Colón, que andaba por entonces reclutando hombres. Se licenció en leyes y recibió las órdenes menores, como muchos lo hacen en España, sin llegar luego a sacerdotes.

Estando a lo que estábamos, volvió a Sevilla el padre de Bartolomé con muy buena presencia y muchos adornos. Vayamos al grano, y es que también a él lo tentó la aventura, y ni más ni menos se embarcó hacia la isla Española, donde había montado el padre una bonita explotación. Se habían fundado encomiendas y repartimientos y cada cual escarbaba donde podía. En lugar de ocuparse de la conversión de los indios todos lo tomaban a

chacota, por lo que de allí a poco los dejaban morir en la primera ocasión.

Fue pasando el tiempo, y cuando tuvo treinta y ocho años, con ocasión de la visita del obispo de Puerto Rico, quiso ordenarse sacerdote. Llegó la hora, y entre gran cantidad de instrumentos de música comenzó la ceremonia, que fue la primera de esta clase en aquellas tierras de las Indias.

Poco después moría el cardenal Cisneros y llegaba don Carlos, a quien Dios guarde muchos años para nuestro bien. Envió éste a fray Bartolomé de las Casas a evangelizar la tierra firme que llamaban Venezuela, con veinte compañeros que él mismo eligió, para fundar ciudades. Desde entonces, las obligaciones no lo dejaban reposar. Bendito sea Dios, que lo había dejado ver con sus propios ojos los rigurosos trances en que perecían aquellos naturales.

Comenzó por entonces el Padre su Historia de las Indias, contando en ella los acontecimientos y congojas que él mismo había padecido; siendo amigo de los familiares de Colón pudo poner en práctica sus pensamientos, teniendo entre sus manos los archivos del Descubridor.

Contaba él cerca de los sesenta años cuando fue al Perú a fundar conventos, y allí lo conocí. Tenía yo por entonces la paciencia floja, la conformidad debilitada, y la melancolía se me iba colando por los huesos. Este sinsabor interno me iba arruinando la salud, hasta que tuve la fortuna de conocer al bendito fray Bartolomé. Supe que había llegado por aquellas tierras y con su buen ejemplo incitaba al amor de Dios y de los indios.

Pensaba yo permanecer en este lugar, pero la suerte lo

ordenó de otra manera, pues este obispo me impresionó grandemente. Le escribí bien largo y cumplido, saludándolo por su nombre; quise saber a dónde iba y lo que haría. Cerré la carta y se la envié por un amigo, y no me arrepentí de haber puesto a sus pies desde la punta de mi pie al último pelo de mi cabeza.

Tengo que decir que, para ayudar a mi memoria, he tenido en mis manos las obras de fray Bartolomé; y como quisiera terminar este libro antes de que llegue el verano, trataré de no cargar la historia con disgresiones, para no confundir al lector.

Fray Bernardino de Sevilla, O.P.

Ya por entonces el Perú de los Incas había caído en manos de los españoles por obra de Francisco Pizarro. Fray Bartolomé salió de su retiro donde sus pecados lo habían puesto, hablando tan recio que todo retumbaba. Queda atrás dicho cómo nos conocimos, y en adelante diré algo de lo que luego sucedió.

Pasó tiempo, y estando en estas pláticas quiso la suerte que contaran los indios que en el interior de aquellas tierras había un rey que andaba siempre entre ámbares y flores. Se me encalabrino el alma al saber que un día al año sus súbditos lo untaban con goma y lo espolvoreaban con oro. Ayudados con voces y saludos lo conducían a una isla dentro de una laguna y allí lo zambullían, llamándolo por ello el Dorado. Contaban otros que andaba éste de continuo cubierto de oro molido, tan menudo como la sal, y lo que se ponía por el día se lo quitaba por la noche cuando se lavaba; esto hacía todos los días sin cubrirse con otra cosa, y cada noche lo perdía por tierra.

He contado cómo ingresé yo en la Orden de Santo Domingo; lo que de aquí en adelante diré será como testigo de vista y hombre a quien Dios quiso dar parte en estos grandes hechos. Fue uno de los mayores, el descubrimiento que hicimos de un gran río que llamamos de las Amazonas, que al parecer estaba en los dominios del rey que decían Dorado.

Estos pensamientos me llevaban tan fuera de mí, que habiendo pedido nuestro obispo un fraile voluntario para acompañar a los españoles que iban a aquellas tierras, yo me ofrecí gustoso. Así recorrí aquellos lugares, junto con un hermano en religión

llamado fray Gaspar de Carvajal.

Era éste, gracias sean dadas a Dios, también dominico y muy versado en letras; que no hay cosa en la tierra más honrada y de más provecho que servir a Dios primeramente, y luego reflejar en el papel las obras de la Naturaleza.

Para que mejor se entienda, diré que marchaban aquellos cristianos al mando de dos capitanes: uno se llamaba Francisco de Orellana y el otro Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador del Perú.

Tenía este Gonzalo por entonces unos cuarenta años, alto de cuerpo y de miembros bien proporcionados, y no tenía el estómago hecho a tagarninas ni a raíces de los montes; no como yo, mezquino y malaventurado, que sólo traigo miseria en mis alforjas.

Añadiré que parecía moreno de rostro, la barba larga y negra, que se podía presentar al Papa en persona. Era inclinado a las cosas de la guerra y muy sufridor de ella, y escupía a menudo un cierto género de saliva pegajosa y seca. ¡Oh, hideputa, puto, y qué bien lo hacía! Mostraba además ser muy buen jinete y arcabucero, y si hablara con más comedimiento no tendría rival, pues era como para perder el juicio oír las cosas que a sus anchas decía. Pero con ser hombre de bajo entendimiento se expresaba muy bien, aunque con groseras palabras. ¡Oh hideputa, puto, y qué reje tenía el bellaco!

No sabía guardar un secreto, lo que fue mucho inconveniente para él, pues lo ponía en un peligro inaudito y temeroso. Era enemigo de dar y, finalmente, después de otros defectos, se daba demasiado a las mujeres; que cavilaba acerca



del modo en que las acometería, lo mismo si eran indias que de Castilla.

Era por su parte Francisco de Orellana teniente de gobernador en la ciudad de Santiago, en Guayaquil. Tenía por entonces treinta años, cuando se puso a navegar río abajo en el país de la Canela, que luego llamamos Amazonía. Fue hace como siete años esta navegación y a mí me pesaban lo míos, aunque hubiera preferido morir en la empresa antes que abandonarla. Tampoco eran tantos mis achaques que me lo impidieran, pues quería llevar ayuda espiritual a los indios que por allí hubiera, con tanta ligereza como me permitieran los huesos de mi anatomía.

Había nacido Orellana en Trujillo de Extremadura y pasando por la Española marchó a Perú; pues era uno de los que llegaron a reforzar las tropas de Pizarro, encomendándolo todo a Dios, que es el sabedor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas.

En una batalla perdió un ojo y lo mismo me ocurriría a mí, como luego diré, que esto es en aquellas tierras ordinario fin y paradero de las lozanías de los hombres. Cuando supo que Gonzalo Pizarro iba a buscar la tierra del Dorado, se decidió a marchar con él buscando aventuras. Y dejando al tiempo que hiciera de las suyas, pensaban ambos encontrar al príncipe que andaba cubierto de oro.

Fue a la villa de Quito donde estaba Gonzalo Pizarro y se ofreció para seguirlo, como se ha visto y se ha notado en el discurso de esta historia. Sólo una cosa le pesaba, y es que gastó en preparativos más de cuarenta mil pesos de oro. Pero antes de que aquí llegara le sucedieron muchas cosas, y aunque sabía que

eran aquellas tierras muy ásperas y podían matarlo, con todo no se volvió atrás.

Con esta perpleja tribulación llegó, y mandó Pizarro reunir en Quito unos cuatro mil indios, que así se comienzan estas aventuras. En lo que a mí se me trasluce, iban más de doscientos españoles con más de mil perros, muchos cerdos, llamas y otras bestias que no nombraré, pues, ¿no basta ya con lo que he dicho?

Llevaba cada español una espada, una rodela y una taleguilla con la comida. Quédese aquí, que es peor meneallo, pues como nos metimos a descubrir lo que no sabíamos, cada cual llevaba consigo una pesada carga de pensamientos e incomodidades. Fue el último viaje que yo hice y espero que sea el postrero que haga por los siglos de los siglos, si no es a la casa del Padre, que me parece a cada paso que la toco con la mano.

Dejemos estos fantasmas; añadiré que fuimos hacia oriente buscando el árbol de la canela, no hallándolo en dos meses, aunque yo tenga un instinto tan grande y tan natural. Anduvimos por aquellas montañas por sendas escarpadas donde muchos murieron de frío, que no seré yo tan desagradecido que no los recuerde.

Pasamos luego grandes ciénagas y me propuse dejarme dar doscientas bofetadas antes de volver por allí. Hallamos en las márgenes de un río muchas gentes vestidas, mientras les volaban por encima gran cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas.

Dijeron por señas que habitaban en pueblos con caciques, pues sólo era posible allí la vida en las orillas y los caminos por los ríos. Entre ellos, había alguno con la nariz tan

grande que le deba sombra a todo el cuerpo. De esa manera anduvimos siguiendo el curso de este río, por donde avanzamos veinte leguas. Iban por él muchas canoas con gente de guerra y arrebatamos muchas a sus dueños, hasta que hallamos ciertos pequeños poblados.

Llevábamos hombres y equipajes por el agua y en esto gorjeaban en los árboles mil clases de pajarillos. Iban nadando los caballos y una nube de canoas enemigas nos hostigaban alrededor, alcanzándome media docena de guijarros limpios y pelados. ¡Mirad, cuerpo de mi padre! Allí determinó Gonzalo Pizarro que hiciéramos un barco, como luego diré.

Con todo, hubo que pelear al menos media hora hasta llegar a un estrechamiento del río, en donde tendimos un puente y por allí pasamos. Yo todo lo miré y lo anoté, y lo juzgaba bien visto y mirado.

Iba aquel río emparedado entre los muros de unas altas montañas y al fondo un profundo cañón donde se estrellaban muchas cataratas con muchos arrecifes. Llamaban a estos ríos el Coca y el Napo y según supimos corrían hacia uno mayor que era el río Grande, que íbamos buscando.

Teníamos por entonces no poca hambre, pues todos los cerdos se habían escapado y murieron las llamas y caballos, sin que se pudiera remediar. Decidió el capitán hacer un barco para no hundirnos en el lodo y fuera en buena hora, pues llevaría el equipaje y los enfermos con mayor comodidad.

Visto esto, anduvo Orellana sacando hierro para clavos y buscando madera, y con el trabajo de todos se hizo el barco en que entramos los frailes con los indios enfermos. Siguiéron los otros

río abajo otras cincuenta leguas, por lo que iban con gran hambre y necesidad, que todo hay que decirlo.

Dios sabe lo que podía suceder, pues habían muerto muchos indios por bajar de las alturas a aquellas vaporosas selvas. A otros los hicieron dormir a garrotazos, de tal manera que no despertaron si no fue en el otro mundo. Habían desaparecido los rebaños de ovejas que llevábamos y no hallábamos en tierra más que pantanos llenos de mosquitos como Lucifer. Y con tantos riachuelos, charcos y selvas impenetrables, ya el hambre nos acosaba a todos, de forma que no podíamos rebullir.

Si todo esto no basta para enteraros de esta verdad, añadiré que se pusieron de acuerdo los dos capitanes en la resolución que tomarían. Así, aguardaría Pizarro con algunos en aquel lugar y otros iríamos río abajo; si la aventura nos favorecía en encontrar comida, al punto volveríamos. Y si tardábamos aguardarían tres o cuatro días, volviendo luego atrás. Diciendo esto se levantó Pizarro tomando la espada, y nos fuimos, esperando el día para que el sol viera nuestras obras. Entonces Orellana escogió entre nosotros cincuenta y siete hombres que entramos en el barco, y otros siguieron río abajo en las canoas cobradas a los indios.

Por nuestros pecados no hallamos comida en doscientas leguas; por si fuera poco, al segundo día nos perdimos en medio del río. Pues dio el barco en un palo, con tan mala suerte que se le hundió una tabla y casi nos ahogamos, con lo que aborrecimos el andar buscando aventuras.

Finalmente achicamos el agua y lo remendamos lo mejor que se pudo. Como el río corría mucho, seguimos el camino a toda prisa, que ya me daba yo por partido y dividido en dos

partes. Pues iba muy crecido, recogiendo el agua de otros muchos, y todas las juntaba.

Navegamos así por tres días sin ver poblado alguno, y como perecíamos de hambre, que hubiéramos comido sin hacernos rogar, dije yo una misa con toda devoción, como se dice en el mar, encomendándonos a Dios que bendijo la paz y maldijo las riñas. No se nos ocultaba que no podíamos volver atrás, por la mucha corriente; yo soy del parecer, señores míos, que era imposible regresar por tierra. De forma que estábamos en peligro de muerte, todos turbados y sin pulsos.

Miraba yo con ojos desencajados y vista obnubilada; se acordó decidir lo que haríamos, votando casi todos a favor de seguir. El dolor de mis costillas no me permitía hacer piadosos discursos; me vi en tal necesidad que sólo comí cueros, cintos y suelas de zapatos con algunas hierbas, y en estas imaginaciones íbamos todos ocupados.

Era tal nuestra flaqueza que no nos teníamos en pie y empezaban algunos a hablar consigo mismos y a decirse burradas. Andábamos unos a gatas, todos confusos y pensativos; otros se metieron en las montañas buscando qué comer, con lo que estuvieron a punto de morir. Algunos hallaron raíces y yerbas no conocidas y estaban como locos sin seso, pues es fácil comenzar una empresa y difícil salirse de ella. De estos no murió ninguno, gracias a Dios, y seguimos el viaje.

El día de año nuevo nos pareció oír tambores de los indios, pero otros lo negaban. Ya entonces salimos de la selva; como no hallábamos poblado iba yo suspenso y admirado sin desplegar los labios y se vio que era imaginación. Con eso

desmayábamos todos y sólo el capitán y Dios nos sustentaban, pues El todo lo puede y es padre de toda consolación.

En esto íbamos razonando cuando nos detuvimos en cierto lugar. Allí, estando un lunes por la noche que era ocho de enero comiendo unas raíces montesinas que nadie envidiaría, oímos claramente tambores no muy lejos. Fue tal la alegría, contento y ufanidad que sentimos, que olvidamos todo lo pasado.

Hicimos vela aquella noche por mor de los indios; no durmió el capitán, sino que empinándose miraba a las estrellas cada cuarto de hora. Por la mañana nos mandó preparar la pólvora por lo que pudiera suceder y dijo que nos armáramos todos con ballestas y arcabuces.

Muy contentos salimos a buscar el pueblo, oyendo pronto muchos más tambores que daban la alarma, tan bien concertados que oíamos tenor, tiple y otras voces más. Luego os diré lo que pasó, que cuando llegamos al poblado todos nos aguardaban, atentos a guardar sus casas.

Mandó el capitán que con mucho orden saltáramos a tierra; era tanto el ánimo que teníamos y andábamos todos tan embebidos que olvidamos las fatigas pasadas. Con devoto corazón y lágrimas en los ojos besé la tierra una y mil veces, pues dejaron el pueblo los indios con toda la comida que allí había. Fue para nosotros gran refugio y consuelo, y tanto gozamos que no me podía persuadir de que fuera verdad. ¡Bendito sea el cielo!

Antes de comer ordenó el capitán que recorriéramos el pueblo y sus casas, no siendo que estando descuidados vinieran los indios, aguándonos la fiesta. Tomamos todo lo que aquéllos tenían guisado y bebimos sus brebajes, con tanta agonía que no

nos veíamos hartos. Todo ello con los rodales al hombro y las espadas bajo los sobacos, y en acabando de beber dije que todo estaba muy bien, pero que había que dormir ahora. Admirados quedaron de mi razonamiento, mi discreción y mi buen discurso.

Estuvimos así hasta dos horas después de mediodía; los indios comenzaron a venir por el agua para vernos y catarnos y andaban como bobos por el río, pasando de largo por el mucho temor. El capitán, con algo que conocía de su lengua, comenzó a decirles que no tuvieran miedo, que nos vieran con los ojos y nos tocaran con las manos. Así llegaron y les dimos muchos regalos, admirándonos de su apostura y rostro.

Noté que eran hombres membrudos, no muy altos de cuerpo, y he de confesar que había alguno no mal parecido. Llegó el cacique luego, con la nariz llena de verrugas, y abrazó a nuestro capitán muy contento de vernos; él mandó que le dieran vestidos que lo hicieran galán y vistoso. Levantándose, volvió al poco tiempo y mandó que trajeran comida sus indios; nos dieron carnes y perdices, peras, pescados y otras virguerías. Al día siguiente llegaron otros dos caciques, que eran trece en total y aún así a nadie le pareció mal el número. De todos ellos tomamos posesión, en nombre de su majestad el rey de España.

No daba crédito a la verdad que con los ojos estaba mirando; por contar lo que en adelante sucedió diré que en éstas mandó nuestro capitán Orellana hacer un bergantín mayor. Y aunque no había entre nosotros maestro en el oficio todos lo hicimos todo, hasta los clavos, que era lo más dificultoso.

No dejaban los indios de traer comida, que debían tener el corazón mayor que una sandía grande. Hasta venían con joyas

y patenas de oro, pues eran más que medianamente ricos. No consintió el capitán que tomáramos nada, ni siquiera mirarlo, pues riquezas sin virtud son perlas en el muladar, y además no quería que entendieran los indios que lo valorábamos y que viéndolo quedábamos embebidos. Aunque no quiero dar entrada en mi corazón a la hipocresía, diré sin vanagloria que poco se me daba, aunque cada vez nos traían más oro.

A la mitad de esta plática nos dieron noticia de las Amazonas y de las riquezas que tenían. Todo esto lo contaba un viejo a quien daban por nombre Aparia, y preguntándole cuántos hijos tenía, me dijo que muchos. Habló de un señor que estaba apartado del río y relató su vida y entretenimientos. Dijo que tenía mucho oro y se llamaba Inca, con lo que caí en la cuenta de a quién se refería y que andaba éste algo atrasado de noticias.

Pasemos adelante, anudando el hilo de esta historia. Mientras unos fabricábamos clavos algunos hacían carbón, fuelles y demás herramientas necesarias al caso. Iban muchos al bosque a cortar leña y la traían a costas al pueblo; otros hacían hoyos con gran trabajo, pues estaban flacos y no eran diestros en aquel oficio.

Que me aspen si yo moví un dedo, pues estaba allí para predicar, aunque ayudara menudamente y en mis pausas, muy atento a mirar y anotar los hechos y palabras para luego contarlos. Prometí relatar aquella hazaña a nuestro emperador cuando en la corte me viese; muchos me miraban admirados y algo incrédulos, pues ya me iba haciendo un nombrecillo.

Los que no tenían fuerza para cortar madera soplaban los fuelles, y otros acarreaban agua; con gran flema y remanso el capitán trabajaba en todo, y en todo tenía que entender. Nos dimos



tanta maña que en veinte días, con la ayuda de Dios, se hicieron dos mil clavos muy buenos, además de otras cosas. Dejamos la obra del bergantín para donde hubiera más oportunidad y mejor aparejo; pues haya paz aquí, y después nos llegue la gloria.

Acordó por entonces Orellana dar mil monedas a seis compañeros si querían volver con Pizarro, ofreciéndoles dos negros y algunos indios para que los ayudaran a remar. Oído lo cual, sólo tres accedieron con lágrimas en los ojos; pues temían no poder llegar, ya que había hasta él casi doscientas leguas río arriba, que habíamos dado un buen salto. ¡Ah, hombres de poca fe! Maldecía yo mi ventura y la hora en que me vino al pensamiento acometer semejante jornada. Puesto que la comida se agotaba, por no llorar y lamentarnos metimos todo en el barco y salimos a la ventura.

No habíamos andado veinte leguas cuando se nos juntó otro río por la mano derecha, muy recio y con gran avenida. Ibamos con los ojos hechos brasas viendo que peleaba un agua con otra, y para acabar de arreglarlo llevaba la corriente muchos remolinos que ponían espanto a la misma temeridad.

Con mucho trabajo pudimos salir, no sin daño, pues dos canoas se perdieron con doce españoles, que llorábamos ya su muerte. Anduvieron dos días perdidos sin poderlos hallar, al extremo de ciertas islas. Pero al cabo de ese tiempo los vimos, que no fue poca alegría, y después de haber desandado durante todo un día, volvimos al camino.

Hallamos otro pueblo de indios que nos dieron muchas tortugas y papagayos de comida; dormimos en el pueblo aquella noche, donde no nos faltaron mosquitos que no nos dejaban sosegar, pues no desdeñaban ni nuestras traseras partes. Y

queriendo probar nueva fortuna seguimos por el río, viniendo más indios con canoas a traernos comida.

Conviene saber, que empezaron a sacar de sus canoas muchas tortugas y ya me iban empachando las tales. Les dimos a cambio muchas cosas, quedando muy contentos del tratamiento que se les hacía, besando nuestras manos por las mercedes recibidas. Y sobre todo, porque veían que nuestro capitán conocía un poco su lengua y se mostraba liberal y magnífico.

Preguntó él por los poblados donde estaba Paria y nos los mostraron río abajo. Cuando allí llegamos vimos a muchos indios embarcarse en canoas; por las señas que hacían y por las armas que llevaban parecían querernos atacar, cosa disparatada, temeraria y tonta. Pudo aplacarlos nuestro capitán y nos trajeron más tortugas. ¡Oh, Señor! También trajeron manatíes, que eran vacas marinas, así como perdices, gatos y monos asados, con que honraban las cortes de sus príncipes.

Les dijo el capitán que éramos cristianos y adorábamos un solo Dios, no como ellos que adoraban piedras esculpidas, creyendo cumplir así con sus obligaciones. Les habló del Emperador de España con discretas y comedidas palabras, y estaban todos muy atentos escuchando lo que les decía, aunque no lo entendieran muy bien.

Nos advirtieron que teníamos que andar con cuidado, pues había allí unas señoras muy grandes que ellos llamaban amazonas. Eran muchas y nosotros muy pocos, y con gentil donaire y gallardía nos matarían a todos. Que no fuéramos a la tierra de aquéllas y ellos nos darían lo que hubiéramos menester; pues eran algunos médicos, principalmente herbolarios,

recibiéndonos con mucho amor y cortesía.

Dijo el capitán que sintiéndolo mucho tenía que pasar de largo y que no teníamos miedo, pues éramos hijos del Sol y andábamos todos adornados de las virtudes cardinales y teologales. ¡Oh, hideputa, bellaco, y cómo era católico! Se espantaron los indios, tomándonos por santos o personas celestiales, a quienes sucedían espantosas y desatinadas aventuras. Dijeron al capitán que lo querían servir; y diciendo y haciendo, todos se pusieron de pie. Unos nos convidaban a sus casas, y hasta hubieran sido capaces por nosotros de aprender la lengua latina y griega.

En señal de posesión hicimos una cruz muy alta, de lo cual se holgaron los indios; cuatro días estuvimos regaladísimos, pues cada mañana nos traían de comer. Decidimos hacer el bergantín, pues la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo no son buenos para nadie. Un tal Diego Mexía nos dijo cómo había que hacerlo, aunque no era su oficio; trajeron una cuaderna, otros la quilla y las rodas, y parecía aquello un monasterio de cartujos, tanto silencio había.

Aserraron las tablas, y como estaba la madera lejos, cada cual tomaba su hacha y se iba al monte, y lo que cortaba lo acarreaba a cuestras. Los miraba yo con la conciencia bien tranquila, pues digo misa cada día, reparto mis bienes con los pobres, y todo sin hacer alarde de buenas obras. De esta manera en siete días se cortó todo el maderaje, que parecía maravilla, aunque no había nadie entre nosotros acostumbrado a semejante oficio. Dios preveía y daba ingenio para lo que había que hacer, pues es todo bondad, y era aquello para salvar nuestras vidas.

Con todo, quiero que vuestras mercedes adviertan que en treinta y cinco días quedó hecho el bergantín, calafateado con algodón y embetunado con pez, que todo lo traían aquellos indios; pues el capitán se lo pedía, pero no de manera que se le pudiera dar el nombre de gorrón. No quiero detenerme a decir los mosquitos que había en aquel pueblo, que no nos podíamos valer ni de día ni de noche, considerando yo con pesar en qué clima del mundo me hallaba.

Volviendo a lo de arriba, cuando en esto estábamos llegaron cuatro indios mucho más altos, a los que con gran flema y disimulación acogimos. Pues nos sacaban a todos más de un palmo, y temeroso de no ser creído diré que eran todos muy blancos, con hermosos cabellos hasta la cintura. Venían muy enojados de oro y ropa, y aún suponiendo que quedarían vencedores en la lucha, se marcharon luego. Nunca supimos quiénes eran ni de dónde venían, pues se nos deslizaron entre las manos como anguilas.

Con las naturales ataduras y estrecheces con que van atados los cristianos en estas ocasiones, pasamos la cuaresma. Se confesaron todos los compañeros con los dos religiosos que allí estábamos; yo prediqué todos los domingos lo mejor que Dios me dio a entender y todos tuvieron mucha devoción, reiterándome los ofrecimientos de siempre.

Se arregló también el barco pequeño, pues venía todo podrido; así ya todo bien aderezado nos dispusimos a salir en busca de nuestras desventuradas aventuras. Llegó por fin el día de la partida, pero antes nos sucedió en este pueblo una cosa de espanto y de mucha devoción. Fue que el jueves santo y el viernes

de Pasión nos obligaron los indios a ayunar por fuerza, pues no nos trajeron de comer hasta el sábado, víspera de Pascua. ¡Viven los cielos, donde más altos están! Entonces nos trajeron tanto que no lo podíamos comer, lo que tuvimos por milagro.

No me queda más que decir, sino que seguimos por el río mucho tiempo, hasta que ya no tuvimos alimento de nuevo. Comía yo poco y dormía menos, y lo que dormía, si dormía, era encima de tablas y sobre duro, como animal bruto. Tuvimos que comer hierbas y andaba yo pensativo y triste hablando entre mí mismo.

Ahí ocurrió un caso que no me atreviera a escribir, si no tuviera tantos testigos como tuve. Fue que uno tiró a un ave con una ballesta y saltando la nuez de la caja cayó al río. Pensando que se había perdido, otro compañero echó un anzuelo al río con una vara, sacando un pez de cinco palmos, ante el cual quedamos suspensos al ver la extraña figura que tenía. Como era grande y el anzuelo pequeño, fue menester sacarlo con maña. Lo maravilloso del caso fue que hallamos dentro del buche la nuez de la ballesta, que no fue poco favor y merced.

A doce de mayo llegamos a la provincia de Machiparo. Estaba el poblado junto al río en una loma, viendo luego muchas y muy grandes poblaciones; conocimos pronto que era una gran temeridad la nuestra, pues se juntaban para pelear cincuenta mil hombres o más, de los treinta a los setenta años, los más valientes del mundo. No guerreaban los mozos allí, sino los viejos, muy dispuestos y gallardos; tenían bozos y no barbas, y se contaban de ellos en aquellos contornos grandes y admirables hazañas.

Dos leguas antes de llegar al pueblo lo vimos blanquear,

y venir río abajo muchas canoas en son de guerra; daban los indios voces tocando tambores, y amenazaban diciendo que nos iban a comer. Nos encomendamos a Dios y preparamos los arcabuces y ballestas, pero hallaron los arcabuceros húmeda la pólvora, por lo que no pudieron usarla, sino sólo las ballestas.

Saltaba yo más que una cabra y birlaba las flechas como por encantamiento; de esta manera fuimos peleando hasta llegar al pueblo, donde había muchas gentes. Por todas partes nos hacían la guerra, pero los hicimos huir gracias a las ballestas y entramos en el lugar. Nos aposentamos en las casas que eran cosa de ver, y hallamos gran cantidad de comida en ellas.

Había tortugas en corrales y yo quisiera que allí mismo se murieran todas; pues si voy a decir la verdad, no las podía ver. Vimos por allí mucha carne, pescado y bizcocho, tan abundante que hubieran podido comer más de mil hombres durante un año sin hartarse de él. Tomamos más de mil tortugas, que buen siglo hayan; nos hirieron ellos dos hombres y salimos huyendo, que creí yo que había de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte.

Llevábamos dieciocho heridos; con la ayuda de Dios en quince días todos estaban sanos, excepto uno que murió, Dios lo acogiera en buena hora. Mandó el capitán que los heridos embarcaran, y a los que no podían andar que los envolvieran en mantas y los llevaran a cuestras como cargas de maíz, para que no se embarcaran cojeando. Pues viéndolos tan dolientes los indios, podían tomar tanto ánimo que no nos dejaron marchar. De cuando en cuando los destapábamos por ver si estaban muertos, y para que les diera el aire si acaso estaban vivos. Eso sería a la puesta

de sol; nos siguieron toda la noche a todo mi correr que era un mediano trote, de forma que no nos dejaban parar.

Yo sé bien lo que es valentía, pues hallamos en el camino muchas poblaciones donde salían los indios de refresco y quedaban los que estaban fatigados, donde esperaban entretener el tiempo hasta reposar.

Al mediodía mis compañeros ya no podían remar, pues iban todos muy cansados. Sin tocar trompeta ni otra cosa que los avisara, mandó Orellana que la gente descansara y comiera, que falta nos hacía. Viéndonos los indios, nos acometieron por tierra y por agua. Así tuvimos que embarcarnos con mucho dolor, siguiéndonos ellos, tantos que no se podían contar.

Iban entre ellos cuatro o cinco hechiceros, que me tenían atónito y lleno de espanto; pues iban encalados con las bocas llenas de ceniza, de forma que parecían monstruos, hombres de los que no se ven por el mundo. Lanzaban por la boca ceniza al aire, llevando en las manos hisopos con los que echaban agua por el río a manera de hechizo; y acabando, con voz levantada que parecía grito nos llenaban de maldiciones. Tocaban luego sus cornetas, trompetas de palo y tambores, pues todos aquellos caballeros tenían sus particulares ejercicios.

No hacíamos caso de tales niñerías ni bravatas; después de pasarnos delante nos acometían con sus gritos, con lo que yo me hacía mil cruces y me santiguaba otras tantas. Mientras, después de Dios eran nuestro auxilio las ballestas y los arcabuces; de esta forma nos llevaron un trecho hasta meternos en una estrechura de un brazo del río.

Quiera el cielo que sea creíble lo que digo, que nos

pusieron en gran aprieto, pues nos tendieron una celada que a poco morimos todos. Me encomendé a Nuestro Señor y no fue para menos, pues eran casi diez mil indios. Nos acometían desde tierra y desde el agua nos abarcaban; yo, que he visto llover y hacer sol al mismo tiempo, nunca vi cosa como aquélla.

Sucedió que uno de los nuestros tiró a un indio con un arcabuz y apuntándole le dio en mitad de los pechos, haciéndole besar el suelo como si fuera reliquia. Su gente desmayó, pues era el jefe como pudimos advertir, y en ese tiempo pudimos salir a lo ancho del río.

Todavía nos siguieron dos días con sus noches, todo sin dejarnos reposar. Volviendo el rostro a todas partes vimos que no había entre poblado y poblado un tiro de ballesta, y había pueblo que duraba cinco leguas. A fe, señores, que como íbamos de pasada no pudimos ver lo que había tierra adentro; todo lo miraba y lo contemplaba yo, y de todo me aficionaba.

De esta manera y con este trabajo salimos del señorío que llamaban de Machiparo, llegando a otro donde nos mandó el capitán que tomáramos un pueblo; estaba en un alto sobre el río y nos desviamos con esto un poco del camino. Sacudiendo la pereza de mi cuerpo yo me puse en pie; jugaron otra vez las ballestas y arcabuces, enderezando los bergantines hacia el puerto. Pelearon en tierra los nuestros de forma que hicieron huir a los indios y quedó el pueblo para nosotros, con toda la comida que tenía.

Por ahora, bendito sea Dios, no nos habían herido a nadie. Era una especie de fuerte y nos quedamos allí tres días, en los cuales yo pude vigilar a mi gusto. Pero héte aquí que estaban los indios desmandando los bergantines a fuerza de desamarrarlos,



y si no es por nuestros arcabuceros hubiéramos perecido allí. ¿Quién podrá decir lo que pasamos sin causar admiración, maravilla y espanto a los que oyeran?

Volviendo a mi historia, diré que comimos en aquel poblado mucha yuca y bizcocho muy bueno, así como frutas de todas clases, que alguna guardé yo en mi faltriquera. Salimos de allí el domingo después de la Ascensión, viendo a dos leguas otro río muy poderoso, tan grande que tenía a la entrada tres islas, por lo que lo llamamos de la Trinidad.

En cuanto lo vio el capitán, en altas voces dijo que debía ya ser éste territorio de Omagua, que tenía muchas poblaciones con muchos indígenas. Todos mostraban el mismo rostro, la misma figura, el mismo aspecto, igual fisonomía, la misma efigie, la perspectiva misma de los anteriores.

Para que no nos atacaran íbamos por el centro del río; algunos se acercaban a hablarnos, pero no los entendíamos, que nos hablaban como en griego y en jerigonza. A esto llegamos a un poblado tan pequeño que pudimos tomarlo. Encontramos allí una casa de placer, llena de loza de distintas hechuras. Había tinajas y cántaros muy grandes, que ni Dios los haría mejor; tendí la vista por allá y vi muchos platos, escudillas y los mejores candelabros de loza que se han visto en el mundo. Pues la de Málaga y Sevilla no podía compararse con ella, toda vidriada y esmaltada de todos los colores, siendo sus dibujos parecidos a los romanos, sin tener que envidiarlos en nada.

Nos dijeron los indios que toda la loza era en su interior de oro y plata. Que nos llevarían allá, donde el Inca, lo que me hizo mucha gracia. En fin, hallamos en esta casa dos ídolos tejidos con

plumas que daban espanto, de estatura gigante, y por mi santiguada que debían ser especies de demonios. Tenían las orejas horadadas y muy grandes, a más de otras lindezas, y eran parecidos a los indios del Cuzco que llaman orejones.

Aunque ni la ambición me inquietaba ni la pompa vana del mundo me fatigaba, hallamos también oro y plata; pero preferíamos todos encontrar qué comer y por eso no lo tomamos. Que no nos importaba ninguna riqueza y sólo ansiábamos por entonces ciertas cosas que no son vendibles, como habilidades y gracias.

De este modo salimos y nos retiramos; aunque iban desde este pueblo muchos caminos hacia el interior, por miedo a que nos atacaran volvimos muy deprisa a las naves. A todos nos pareció cosa buena, pues ya se ponía el sol. Así partimos, y aunque yo tomé un remo hicieron intención de quitármelo de las manos mis compañeros. No hicieron ellos más que remar hasta que vino el día, en que yo desperté somnoliento y perezoso. Vi que íbamos desviados de tierra para no dar lugar a los indios a que saliesen contra nosotros y a golpes nos desencuadernaran las tablas, echándonos al río.

Sin más cosas dignas de mención, durante más de cien leguas usamos ardidés y estratagemas para burlar al enemigo en aquel señorío de Omagua. Llegamos a las tierras de otro señor llamado Panagua, donde todos quedamos admirados, pues no nos hacían daño, sino que nos daban todo lo que tenían. Había en esta zona muchas ovejas como las del Perú, que allí decían llamas, y mucha plata, según aseguraban los indios. Era tierra muy alegre y vistosa, regalándonos ellos con mucha clase de frutos.

Vimos allí piñas y peras, que en Nueva España llamaban aguacates, y también ciruelas y otras cosas; si ahora no satisfacía mis deseos era por parecerme que andaba algo ligero de vientre. Por justa y favorable disposición de los cielos seguimos adelante, dando en otra provincia belicosa y con mucha gente. Sentimos no habernos proveído de armas, pues eran grandes los embustes y mañas que hacían para conseguir lo que deseaban.

Encontramos allí gallinas algo diferentes a las que suelen verse en España. Prosiguiendo el viaje hallamos que entraba por la izquierda la boca de otro río que llamamos Negro; corría tanto y con tanta ferocidad que yo me hincué de rodillas y me encomendé a Dios, haciendo una oración en voz baja al cielo. En más de veinte leguas vi que las aguas de este río no se mezclaban con las otras, y tanto ruido y estruendo hacía que deseábamos todos salir de él. Pedí que me dieran algo de comer y hallaron mucho pescado para nuestro socorro y recreación.

Cuando ya íbamos cansados y mohínos vimos un pueblo en la loma, apartado del río y fortificado con una hermosa muralla hecha de maderos muy gruesos. Estábamos todos atentos y vimos más allá otro, del que tengo mucho que contar. Determinamos descansar un poco, que hacía mucho tiempo que navegábamos por aquella oscura región, hallando tales cosas que de no haberlas visto no las creyera, y de no ser mis compañeros testigos tampoco las contara.

Era un pueblo mediano, no muy grande, donde la gente nos esperaba. Había una plaza muy extensa y en medio un tablón grande donde estaba labrada en relieve una ciudad con muros y una puerta, cuyos detalles os quiero dar ahora. Me quedé suspenso

mirando todo aquello, pues había en la puerta dos torres muy altas con ventanas. Cada torre tenía dos puertas y en cada una dos columnas, guardadas por dos leones muy feroces que por el suelo se arrastraban.

Era esta plaza tan redonda que me sorprendió y admiró; tenía en medio un agujero donde echaban chicha, que era el vino que aquéllos bebían, para que la bebiera el sol. Pues créanme vuestas mercedes, que adoraban ellos al sol teniéndolo por su dios. Contaré algunas cosas que vi allí, y es que eran aquellos hombres tributarios de las Amazonas, lo que nos maravilló. Preguntamos algunas cosas más y nos dijeron que les daban a ellas plumas de papagayos, que ellas usaban para los techos de sus oratorios. ¡Oh, santo Dios! Una señora mandaba en las dichas mujeres y los otros pueblos que tenían eran semejantes a éste de la plaza.

Dimos por bien empleadísima la jornada, pues vimos muchas vestiduras de plumas de diversos colores, y si hacéis este mismo camino, acá las hallaréis. Las vestían los indios para celebrar sus fiestas y bailes, ofreciendo sacrificios a su dios.

No nos podíamos detener y salimos de este pueblo, y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa. Dimos con otro que tenía un tablón semejante y se nos revolvieron los indios con armas y pavesas, por lo que les volvimos la espalda y tornamos a navegar.

Así llegamos a un lugar donde sólo había mujeres y estuvimos allí holgando hasta que el sol se puso, asaltándome un sueño profundísimo. Hasta que volvieron los hombres a sus casas y hallándolas en nuestro poder quedaron espantados. De repente empezaron a decir que saliéramos de ellas, con lo que seguimos

nuestro viaje; cuando habíamos viajado cuatro leguas vimos por la mano derecha otro muy grande y poderoso río, mucho mayor que el que llevábamos.

Lo llamamos Río Grande; yo le eché la bendición, y haciendo sobre mi persona mil cruces dije y juré no haber visto nada igual en mi vida. Cuando más andábamos y cuando menos lo pensábamos, más pobladas estaban estas tierras y eran los hombres más espesos.

Habíamos tomado varios con nosotros para salvar nuestras vidas, pero tanto se revolviéron, sacudieron y menearon, que mandó el capitán ahorcarlos para escarmiento de los demás. Para que nos tuvieran temor y se librasen de atacarnos.

Pasamos un poblado que tenía siete picotas, y clavadas en las picotas había muchas cabezas de muertos, viendo nosotros que tenían cerrados los ojos con muestras de estar dormidos. Llamamos a ésta la provincia de las Picotas y duraba sesenta leguas río abajo, sabiendo todos ellos, como dicen, un punto más que el diablo.

Tomamos en un pueblo una india de mucho entendimiento. Dijo que había tierra adentro muchos cristianos como nosotros y dos mujeres blancas; otros tenían indias y algunos hijos con ellas. Oyendo lo cual, y por las señas, supimos que eran ellos los que se habían perdido de un tal Diego de Ordaz.

Era esta india cejijunta y su nariz algo chata, mostrando los dientes ralos y no muy bien puestos. En sus grandes ojeras y en su color quebradiza pensamos que estaba con el mal mensil, ordinario de las mujeres; pero nos dijo que hacía muchos meses, y aún años, que no lo tenía ni asomaba por sus puertas. Nos

explicó con muy buenas razones dónde estaban los cristianos, y que nos llevaría; pero como habíamos pasado malas noches y peores días decidimos seguir adelante, que para sacarlos de donde estaban siempre habría tiempo. Cuando esto oyó, dio tales alaridos y llantos acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos, con tales lágrimas que fueran bastantes para lavarse las manos.

Parecíamos de carne momia, según veníamos de secos y amojamados; así fuimos tomando comida donde veíamos que no la podían defender. En el discurso de nuestro viaje hallamos mucho maíz y avena, de que los indios hacían su pan. Gran satisfacción me dio el que hubiera por allá muy buen vino a la manera de cerveza; por estar en gran necesidad debí abusar de él, porque me anocheció y amaneció, y volvió a anochecer y amanecer tres veces sin que me apercibiera, aunque no me estuviera a mí bien hacer eso. Y es que había en los poblados bodegas que eran de encarecer.

En un punto nos encontramos hombres con ropas de algodón muy buenas. Yo les hablaba, pero no respondían palabra y se iban huyendo con tanta prisa que era cosa de notar. Andando el tiempo vimos un oratorio con muchas divisas de guerra colgadas y ordenó el capitán que se tomasen.

Había en lo alto dos mitras como las de nuestros obispos y sería tenuta a milagro la buena hechura que tenían, pues eran tejidas y no sabíamos de qué. Ostentaban muchos colores y no eran de algodón ni de lana, siendo notable espilorchería, como dicen los italianos.

Pasamos a otros pueblos, cantando algunos seguirillas

para entretener el camino. Por ahora no os quiero decir más, sino que íbamos buscando un lugar donde celebrar la fiesta de san Juan Bautista y sin quererlo dimos con el señorío de las Amazonas, pareciéndonos bueno aquel lugar.

Estaban estos pueblos avisados, según advertimos. Por esta causa salieron a buscarnos con muy mala intención, riéndose y haciendo burla de nosotros. Dimos muestras de pesarnos la burla, pues decían nos llevarían a las Amazonas, de modo que todos los presentes desmayaban de miedo, pensando que cada desmayo se había de llevar el alma consigo.

Llegados a tierra, como los indios eran muchos parecía que llovían las flechas. Hirieron a varios, entre ellos a mí, dándome con una flecha en una ijada que me llegó a lo hueco, y si no fuera por los hábitos allí me quedara, estimándome todos por hombre de valor y pelo en pecho.

Se me oscureció el alma por verme imposibilitado y privado de salud; no digo nada, sino que vimos venir a una docena de Amazonas peleando delante de los indios como capitanes, y aquel que intentaba tomarlas, primero había de pasar por la punta de sus lanzas. Avanzaban tan animosamente que no osaban los indios dar la espalda, y al que se volvía lo mataban a palos, cuya ya casi consumida y acabada vida remataban luego.

Eran estas mujeres muy altas y blancas y blandían sus armas tan fuerte y diestramente que ponían pavor. Llevaban el cabello muy largo, tranzado alrededor de la cabeza; eran membrudas y andaban en cueros, con arcos y flechas en las manos.

Fueron muchos y muy grandes los daños que nos

causaron; hubo mujer de éstas que metió un palmo de flecha por los bergantines, que parecían los barcos puerco espín. A esto me tentaba yo la cabeza y los pechos, por ver si todavía estaba en el mundo. Despabilé los ojos, me los limpié, y quiso Dios darnos a todos tanta fuerza que mataron nuestros compañeros a siete u ocho de las amazonas. Con esto los indios desmayaron, siendo desbaratados y vencidos de forma que ninguno osaba levantarse.

Con muchas plegarias y deprecaciones nos embarcamos aprisa, pues venían muchos más, cantarriberas y gente advenediza; no fue poca la zozobra, pues llegaban por el río gran cantidad de canoas. Nos dejamos ir al garete sin remar, y estábamos tan cansados que no podíamos sujetar los remos. Así, desconsolados y roncós, costeábamos la tierra por sortear la gran corriente, todo lo cual se extendió y se supo en los lugares circunvecinos.

Estaban los indios escondidos entre las arboledas y era como dar de manos a boca con todos los demonios del infierno. Comenzaron a flechar tan bravamente que no nos veíamos unos a otros. Daba yo unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos, porque de todos no hirieron a nadie más que a mí. La causa de tan amargo sentimiento fue que me dieron tal flechazo en un ojo que me pasó la flecha a la otra parte, con lo cual perdí el ojo y pasé mucho dolor. Y desde la punta del espinazo hasta la nuca del cerebro me dolía de manera que me sacaba el sentido.

¡Cuerpo de mí! En resolución, los que seguimos a Dios todo lo hemos de soportar con paciencia. Pues Nuestro Señor sin yo merecerlo me ha querido otorgar la vida, para que me enmiende y viva mejor, aunque en otro tiempo haya dormido en la dura tierra



a cielo abierto, sujeto a lo que llaman inclemencias del cielo.

Siguiendo, diré que poco a poco nos fuimos librando de ellos, y yo confieso que me retiré, pero no huí; pues no huye el que se retira, que es de varones valientes guardarse para mejor ocasión. Me detuve para catarme las heridas, que no estaba yo para responder, pues me parecía que hablaba por el cuenco del ojo, y esto es tan verdad como que ahora es de día.

Eran los montes de esta tierra encinares y alcornoques que llevaban bellotas; había robledales y era la tierra alta y con lomas. Llegaba la hierba a la rodilla y había mucha caza; de esto están las historias llenas, como todo el mundo sabe.

Volviendo a nuestro camino mandó el capitán que saliéramos a mitad del río por huir de lo poblado, pues era tanto que daba grima. Donde nos sucedió lo que contaré, compungiéndome de manera que al verme les venían a todos las lágrimas a los ojos. Pues con harto dolor de mi alma me dieron un buen varapalo, que se hacía sentir aún más por causa del sereno. Tengo por seguro que por su intercesión me otorgó Dios la vida, pues había yo predicado aquella mañana viniendo por el río.

Hallamos muchas islas en el centro, teniendo algunas seis leguas de largo, donde vimos gentes tan salvajes como nunca nos habíamos tropezado. Las pasamos todas con muchos trabajos y hambre, tan en mala hora que iba el que más y el que menos todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Pues, ¡no digamos el dormir! Muchos no podían tumbarse porque el dolor les cogía todas las espaldas, y si más les cogiera, más les doliera.

Sin juramento me podéis creer: nos dijo un indio que llevábamos, que hablaba muy bien nuestra lengua por señas y era

criado de las amazonas, que se mantenían todas las mujeres solteras y vivían tierra adentro, donde parían de ellos. Pues con todo participaban con los indios en ciertas épocas, aunque no se quisieran casar.

Explicó que cuando les venía aquella gana, sin dar parte a persona alguna de su intención, por fuerza los traían prisioneros a sus tierras, de lo que ellos se desesperaban. Los tenían el tiempo que se les antojaba, pero esto importa poco a nuestro cuento; después de quedarse preñadas los devolvían a su tierra sin hacerles mal, volviendo ellos muy pensativos.

Estas, en suma, fueron las cosas que el indio nos dijo. Que cuando llegaba el tiempo de parir, si parían hijo era tal su enojo que lo mataban y lo enviaban a su padre; si era hija la criaban con gran solemnidad y la instruían en las cosas de la guerra.

Con sus latinicos y gestos relató algo más, pues en digresiones era maestro: entre estas mujeres había una señora que todas llamaban Coñori, canalla malvada y mal aconsejada que, según explicó, tenía mucho oro y plata. Sólo las señoras principales tenían plata y oro; se servían las plebeyas de vasijas de palo o de barro que ponían al fuego, pues siempre, dondequiera y en cualquier lugar ha habido pobres y ricos.

Añadió otras muchas cosas y entre maldiciones que entre dientes echó, dijo que había una orden por la cual al ponerse el sol no debía quedar ningún macho en aquellos lugares; ellas los encerraban para que no pudieran escapar, con muchas amenazas, y sólo los soltaban para hacer ciertas cosas con ellos, con regocijado silencio y alegre diligencia.

Dijo que en la ciudad donde estaba la señora había

casas muy grandes con sus oratorios dedicados al sol, con gruesos techos forrados de pinturas de diversos colores, con ídolos de oro y plata en forma de mujeres, donde iban todas a hincar las rodillas. De todo lo cual yo me admiraba, y más cuando añadía que había mucha pedrería para las ceremonias que se hacían al sol; y si este cuento no os cuadrara, mucho que lo siento.

Nos contó que iban vestidas muy hermosamente de una lana muy fina, pues había allí ovejas como las del Perú. Eran sus vestidos a manera de mantas, ceñidas desde los pechos hasta abajo, tanto que apenas se podían sostener. Encima usaban mantos abrochados delante con cordones, llevando el pelo suelto y en las cabezas unas coronas de dos dedos de gruesas.

Comenzó a suspirar tiernísimamente y diciendo esto se sentó, que como desmayado se había dejado caer en mis brazos. Se durmió entonces y fue menester despertarlo; así salió del barco, diciendo que luego volvería. Quiso la mala suerte que entremedias nos salieran al paso unos hombres muy grandes, todos trasquilados y pintados de negro, por lo que llamamos a aquella provincia de los Negros.

Apenas serían dos horas pasadas de la noche cuando nuestro indio volvió y nos dijo que aquéllos comían carne humana. Esperáos un poco y lo veréis, pues cogieron a un compañero nuestro que era de Burgos, y por los malos gritos que daba imaginamos todos que lo habían puesto en grande y temerosa confusión. Ello sucedió así: lo hirieron dentro del bergantín, pues tenían alguna hierba ponzoñosa que untaban en sus flechas; y con no poca pesadumbre nuestra al caer al agua lo apresaron, enviando su ánima a Dios.

Condolidos de su miseria y lastimosa desgracia lo vimos partir desesperado de esta vida, orando todos por que su alma no se perdiera. Al paso que llevábamos fuimos a dormir todos a un robledal que estaba en la boca de un río, mandando el capitán que se pusieran unas barandas a los bergantines para defenderse de las flechas. No nos valieron poco, sino mucho; estaba el capitán algo descolorido, debía ser de la mala noche; a cuyas voces y palabras todos obedecimos, cazando al mismo tiempo algunas aves y animales pequeños.

Estuvimos allí día y medio y no parecíamos mascar, sino engullir, porque teníamos hambre canina. Pensábamos quedarnos más, pero ocurrió una cosa que nos llenó de espanto: fue que a la hora de vísperas, andando cada cual con desenfado y sin propósito, se puso en la copa de un árbol un pájaro que decía: huí, huí, repitiéndolo por tres veces.

Pensamos todos que era un aviso y vimos que era una cosa muy justa y puesta en razón; pues venían muchos indios en piraguas por el río, llegando hasta los bergantines donde luchaban como perros, más que encarnizados, rabiosos. Entre grandes gritos y alaridos quedaron algunos bañados en su sangre, tendidos en el suelo, y nosotros, en fin, cansados y sin ningún aliento.

Yo no me meto a juzgar los temores ni valentías ajenas, pero me rilaba yo en aquellos indios y en su parentela, pidiendo perdón a Dios por mis pecados y sin acordarme de comer, pues era justo que atendiera antes a la salud del alma que a los gustos del cuerpo. Con todo, tengo como feliz ventura el estar vivo, aunque estropeado de un ojo; que no hay cosa peor que una muerte impensada, súbita y no prevista.

Quince días habían pasado cuando hallamos unos poblados, y andábamos tan flacos que daba compasión mirarnos. En estas circunstancias estuvimos cargando comida; y sentándonos en un pozo natural que allí había, dimos por bien empleado el trabajo que habíamos tenido.

Aquí comenzamos a dejar la tierra y a entrar en muchas islas que en el río había, muy poco pobladas. Vimos venir por la corriente un animal muerto parecido a un jabalí, y al punto con grandísima prisa lo recogimos. Yo me aparté de un brinco, viendo que era tan grande como una mula, y mis compañeros lo trocearon y repartieron, de modo y manera que cada cual comimos para cinco o seis días. ¡Cuerpo de tal! Fue mucho remedio para todos, si no fuera porque yo me cogí un buen dolor de barriga.

Se me olvidaba decir que este animal venía recién muerto, porque estaba caliente y no tenía ninguna herida. Al mismo duque de Alba se lo quitáramos si fuera preciso, pues apenas teníamos qué comer sino lo que se mariscaba en el agua, que no se imagina tal cosa entre hombres. Eran éstos unos caracolitos y unos cangrejos coloradillos del tamaño de ranas, pero como íbamos desmayados, a nada hacíamos ascos.

No quiso Dios que muriéramos de hambre ni pereciéramos en un naufragio. Y aunque traía yo cubierto el ojo izquierdo con un parche de tafetán negro, como dicen, doy gracias al cielo, que por servirle dejaría yo todos los intereses del mundo.

En éstas, sepan vuestas mercedes que hallamos la boca del río, por donde salimos y allí nos dividimos, tomando de unos indios maíz tostado y algunas raíces. Según es fama, nos dispusimos a ir por el mar a la ventura; pues no teníamos piloto,

aguja ni carta alguna de navegar, como ahora veremos.

No sabíamos de qué lado echar; yo por mi parte iba tan montaraz y huraño que era causa de preocupación para todos, pues iba silencioso, siempre con un rosario de cuentas en las manos, mayores que medianas nueces. Salimos entre dos islas, que había entre una y otra cuatro leguas. Tendría el río cincuenta de anchura y de tal modo nos agujaba el miedo que no puede decirse con palabras.

Anduvimos los dos bergantines a vista de tierra, pues era nuestro capitán prudente y muy avisado. Entraba en la mar tanto agua dulce que nos maravillaba y nos hizo tan buen tiempo que nunca, ni por el río ni por la mar tuvimos aguaceros, gracias a Dios, cuya existencia no admite disputa.

Proseguiré diciendo que una noche se apartó un bergantín de otro, de forma que nunca más pudimos verlo y con lágrimas en los ojos pensamos que se había perdido. Quedé yo pasmado y absorto, abobado y confuso además de espantado, y daba diente con diente sin saber dónde estábamos ni a dónde íbamos.

Al cabo de nueve días nos metieron nuestros pecados en el golfo de Paria, donde estuvimos otros siete, en que no comimos más que una especie de ciruelas; de ello nacía aquel aspecto blando que entonces mostraban mis deposiciones. Hasta que salimos por las Bocas del Dragón, que fueron tales para nosotros, porque por poco nos quedamos dentro.

Así llegamos a la isla de Cubagua; después de haber contado todos los peligros que tuvimos, hallamos a nuestro pequeño bergantín que se nos había adelantado dos días. Fue

grandísima alegría, haciendo todos muchas fiestas las cuales no describo ahora, porque no quiero producir fastidio; pues ellos nos daban por perdidos y nosotros a ellos. Es que dicen que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no saque a la luz del sol por más que esté escondida.

Fuimos tan bien recibidos por los de aquella isla como si fuéramos sus hijos, pues nos abrigaron y nos dieron de todo, benditos y alabados sean. Allí supimos la suerte de Gonzalo Pizarro y los que quedaron con él, y así veréis cómo el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, que bien se acordará el que hubiera leído el principio de esta singular aventura.

Pude saber que, habiendo salido nosotros con Orellana con el navío y dos canoas, pronto nos perdieron de vista. Aguardó Gonzalo mucho tiempo y como pasaban hambre y no podían caminar por tierra por cusa de los muchos pantanos, se embarcó con cinco hombres en otras tantas canoas impulsadas por indios, dejándose llevar.

El mismo día llegaron a un lugar donde el río se unía con uno mayor, el Napo. Para que se vea que digo verdad, hallaron allí unas cuchilladas que nosotros hicimos en los árboles con mucha fuerza y brío. Remontaron la nueva corriente, donde hallaron tierras sembradas de yuca, y en menos de un abrir y cerrar fueron hacia ellas.

Vieron que algunos indios los abandonaban después de luchar contra algún enemigo; puestos de rodillas dieron gracias a Dios y cargando de yuca sus canoas volvieron con sus compañeros. Hallaron que éstos se estaban alimentando de hierbas, nueces y animales ponzoñosos, por lo que estaban

cansados y muertos de hambre; se cerró con esto la noche de sus tristezas y juraron que preferían morir antes que seguir adelante.

Volvieron a atravesar el Coca caminando, y yendo de camino perdieron varios caballos. Mientras, rallaban la yuca y hacían pan con ella, teniéndolo por más sabroso que si hubieran sido rosquillas de Utrera. Amigos, quienquiera que seáis, con esta agradable colación tomaron fuerza y ánimo para seguir andando junto al río y contra corriente; aunque no se puede negar que alguno iba renqueando como podía y maltrecho por las caídas.

Cuenta pues la historia, que alguno iba calzado con abarcas cortadas de las sillas de montar; pero los más iban descalzos y casi desnudos, pecadores de ellos. Si sus mercedes me dan licencia, les diré que los enfermos hacían el viaje en canoas mientras los otros se abrían paso entre los matorrales de la orilla, temblando de pies a cabeza como azogados. No pocos murieron por el feroz agotamiento, la lluvia incesante y la taimada disentería.

Contra todos los golpes de su fortuna lograron llegar a un campamento indio, donde cargaron toda la yuca que pudieron. El que me lo contó se emocionaba, pero dio por disculpa que iba un hermano suyo en aquellas desgracias, el cual todavía dormía, tan agotado llegó. Añadió que iban hundidos en el agua hasta la cintura, sin tener dónde asentar los pies; pues recibía el Napo tantas corrientes que por milagro pudieron sobrevivir.

No se me cocía el pan, como suele decirse, hasta que supe la continuación: consumieron los ochenta caballos que quedaban y hasta se comieron los perros; estuvieron a punto de comer el cuerpo de los muertos, si no frescos al menos amojamados, pues engullían y tragaban todo lo que se ponía



delante. Pero si querían agua barata no tenían más que cogerla y era consuelo no pequeño.

No digo más, sino que era ya el mes de agosto cuando llegaron los supervivientes a la ciudad de Quito. Eran la mitad de los que salieron, que sólo a Dios le está reservado saber el porvenir, pues para El todo es presente. De los indios no volvió ninguno, lo que hizo quedar a los cristianos con un poco de escrúpulo.

Un mes después, en septiembre, llegábamos los de Orellana a la isla de Cubagua, frente a la costa de las Perlas. Pero ay, sin ventura, pues perdimos a once de los nuestros que acabaron su vida en la selva; y no había pasado media hora cuando tuvimos noticia de los otros, lo que nos quebró el corazón.

Diciendo esto, aquí vuelvo a tomar mi relato: nada más llegar a la isla quiso el capitán enviar al Emperador las nuevas de este gran descubrimiento, que pagaba con mucho todas nuestras penalidades. Y la existencia de este río, que al parecer era el Marañón, pues allí nos lo dijeron después que llegamos.

Portador de tantas noticias marchó Orellana a España. Tan buenas razones pudo dar de lo sucedido que le dieron buenos dineros en corriente moneda castellana, nombrándolo gobernador de las tierras que habíamos descubierto. En cuanto a Gonzalo Pizarro, estaba desolado por la furia de verse traicionado por Orellana, su paisano y pariente.

De nada valió que firmáramos todos una petición, fechada y rubricada por notario. Firmamos allí caballeros, hidalgos y los dos sacerdotes. Quisiera yo tener aquí delante a todos los que no creen lo que digo, que no consentiré yo que otra cosa se diga en

mi presencia y primero me tendrían que sudar los dientes: Que si nos habían salido las cosas al revés no era culpa suya, sino de la Providencia que así lo quiso.

En resolución, murió más tarde Orellana en la boca del río que llamamos de las Amazonas; esto es lo que hay que decir de su aventura y que murieron con él la mayoría de los hombres que llevaba. Los pocos que sobrevivieron llegaron a la Española en tan lamentable estado, que juro como católico cristiano no había quien pudiera conocerlos.

Contaban que Gonzalo Pizarro cuando volvía a Quito tuvo en el camino un mal sueño, y fue que un monstruo en forma de dragón le sacaba el corazón del pecho, con tal crueldad como no se puede decir. Llamó a un hombre que gozaba fama de astrólogo, quien de buena gana lo escuchó, diciéndole que hallaría muerta a la persona que más amaba. El diablo me lleve, pues llegado a Quito supo Gonzalo que habían asesinado a su hermano el marqués hacía un año, poco más o menos.

\*\*\*\*

Como dicen que cambiar de tema es de sabios y no hacerlo es de obsesionados y maníacos, volvamos ahora la vista a nuestro obispo fray Bartolomé de las Casas, a quien en su ancianidad le concede Dios fuerzas para acabar lo que con tan buen principio comenzó: la defensa de nuestros hermanos los indios y el ataque a aquéllos que con sus abusos están terminando con ellos.

Me dijo el obispo que se hospedaría en Sevilla en el

convento de san Pablo, de nuestra Orden. Diciendo y haciendo se alojó en el convento; y era por entonces un hombre viejo, muy noble de testuz, ojos a la sombra metidos, un gran haz de barba, ceño descontento.

Allí se encontró en depósito la biblioteca de Diego Colón, hijo del Almirante; y con dichos documentos en las manos terminó la historia de las Indias que había comenzado muchos años atrás. ¿Habría más que desear? Pensó luego fray Bartolomé que el emperador lo había olvidado, ya que no daba señales de vida; y aunque le envió varias cartas coligió de su sepulcral silencio que ni siquiera las había leído.

Con objeto de llamar su atención dio en redactar cierto librito que tituló “Historia de la destrucción de las Indias”, que cuando yo mismo lo vi quedé pasmado y apenas abrigué en el corazón algún aliento para respirar. Pues se atrevía a decir sin pelillos las muchas crueldades de los españoles y causaba espanto leer tantas matanzas y estrago de gentes inocentes. Me han dicho que allí donde vive ahora fray Bartolomé, que es el monasterio de san Gregorio de Valladolid, lo llaman mis hermanos el profeta Elías.

Tocante a mí diré que volví a mi tierra y en ella me recibieron unos con contento, algunos con desazón y los más con una indiferencia sospechosa. Hallé a mis paisanos, así como a los parajes, tan cambiados que me causó admiración y asombro; sentí infinito no hallar en el pueblo a mis hermanos, sobre todo cuando me dijeron que se habían mudado de esta vida a la otra.

Con todo esto, me pegué a mi obispo de tal manera que sólo nos diferenciábamos en que él es hombre serio y mesurado y yo soy delirante de gresca y tararura. Y si los años de mi encierro

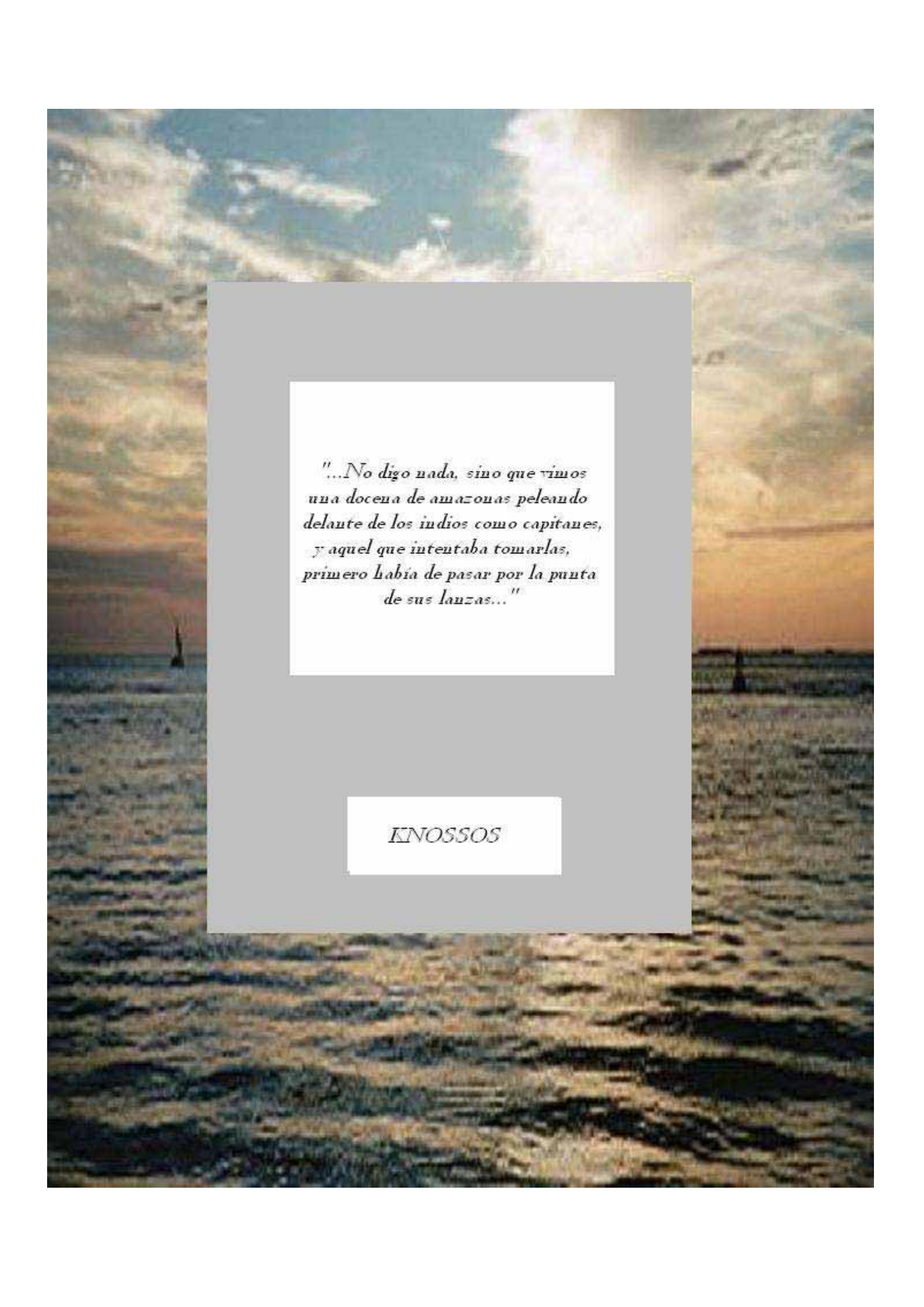
no me han quitado la memoria, digo que así como el cansancio del camino, siento ya la alegría de hallarme en tierra de cristianos sin sobresalto de perderme.

Mantengo relación con la universidad de Salamanca y escribo ciertos tratadillos de diferentes argumentos; pues dicen que soy fértil en variada erudición, declarada con un lenguaje tan limado y terso que hasta los que saben aprenderán muchas cosas de provecho.

En lo tocante a escribir, no temo a los que me injurian; pues es lo propio en palacios de príncipes y en conventos no faltar envidias de las medras de otros, o de sus ventajas y favores cuando son elegidos a los mejores puestos. Quieren prohibir que se publique el presente manuscrito antes de pasados cincuenta años, y eso que no hablo aquí sino de lo que yo mismo he vivido.

Bien, me han solicitado que termine pronto, pues me voy alargando demasiado. Así, en manos de vuestas mercedes van estas desnudas verdades que no buscan quien las vista, sino quien las consienta. Iré derecho desde aquí a la iglesia a dar gracias a Dios y después me marcharé a mi celda. Allí aguardaré con gran pena el día de mi óbito, es decir de mi muerte; y tengo que decir que el temor de cansaros más de cuatro cosas me ha quitado de la lengua, o quizá sea la causa mi poca habilidad y discurso.

\*\*\*\*\*



*"...No digo nada, sino que vimos  
una docena de amazonas peleando  
delante de los indios como capitanes,  
y aquel que intentaba tomarlas,  
primero habia de pasar por la punta  
de sus lanzas..."*

*KNOSSOS*